

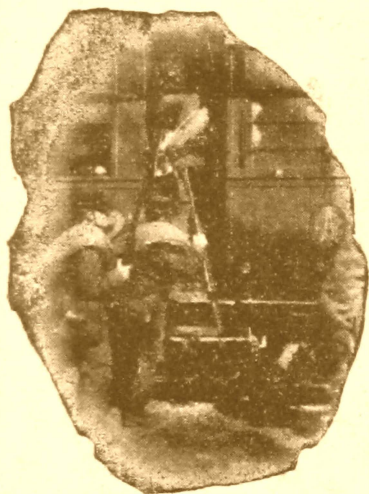
CURAMALAL

En campaña

POR

VINCHUCO

(CON UN PROLOGO DE MARIO Y 15
FOTOGRAFADOS)



Recuerdo

de la



BUENOS AIRES

IMPRESA DE M. BIEDMA É HIJO, BOLÍVAR 535*

1896

PRÓLOGO

Buenos Aires, Mayo de 13 1896.

A Vinchuco.

Mi estimado amigo:

Me pidió Vd. un prólogo para sus impresiones de viaje al campamento de Curamalal, y yo en el acto le respondí que sí.

Eso hice sin vacilar, primero porque yo jamás he dicho que nó, cuando un amigo á quien estimo me pide algo, y segundo por que yo soy un hombre realmente excepcional para no cumplir promesas.

—Un prólogo! debía pensar. Como nó! cuente Vd. con él. A mi no me duelen prólogos....

Pero es el caso que esta vez deseo no quedar en falta porque su solicitud me honra y porque Vd. no es un amigo de esos á quienes se les dice que sí para quitárselos de encima.

Y ahora ¿ cómo salgo del empeño? ¿ á qué título me meto yo á prologuista? De milicia no entiendo palo-

tada, no habiendo hecho mas ejercicio en mi vida que con el palo de la escoba, hace de esto ya bastante rato; y de letras entiendo menos de lo que barruntan generalmente los gacetilleros....

¡Pues sabe Vd. que ahora que lo pienso, me está pareciendo que con el tal pedido de prólogo me ha querido Vd. tomar el pelo!

Ah! vamos, ya caigo ¿con qué ha sido á título de periodista?

Pues entonces me tranquilizo. Ya sabe Vd. que el oficio consiste en dar noticia mas ó menos incorrecta é inexactamente de los hechos y las cosas. Tranzaremos, pues, por un *suelto* y allá vá.

«EN CAMPAÑA»—Acaba de aparecer lujosa y nítidamente impreso en los talleres de Biedma é hijo, un volumen de 90 páginas que contiene las interesantes impresiones de viaje que desde los campamentos de Pigüé y Curamalal dirigiera á «La Nación» *Vinchuco*, uno de los escritores mas apreciables de la nueva generación.

Escritas con un estilo vigoroso, simpático, sin afectaciones de efecto, perfectamente en consonancia con el aspecto del autor—que es un jóven muy hombre física é intelectualmente,—las páginas de *En Campaña* serán leídas ahora y siempre con placer, tanto por los movilizados de la brigada Buenos Aires como por todos los que miran con el interés que merece la iniciación militar de la juventud argentina, esa juventud lozana, de talla de granadero, biceps robustos, ancho torax, ca-

beza y faz de hermosas líneas ; esa juventud que ostenta, en fin, todos los rasgos de las razas superiores, vencedoras en la lucha por la vida.

Un país que cuenta con tales soldados puede decir que el porvenir es suyo, pues con hombres así constituidos se triunfa en todos los terrenos.

Auguramos á *En Campaña* la mejor acogida por parte del público y felicitamos á su autor que, por fortuna, no es de los que necesitan de incitaciones ni elogios para seguir adelante dando cada vez mejores muestras de lo mucho que vale su poderosa inteligencia.

MARIO.

LA MOVILIZACIÓN

CUATRO PALABRAS SOBRE SU SIGNIFICADO—LA CONCENTRACIÓN
DE TROPAS—LOS GUARDIAS NACIONALES—CAMPAMENTOS DE
LA REPÚBLICA—ALGUNOS NÚMEROS.

Por primera vez se ha realizado en la República Argentina una movilización con fines de instrucción militar, llamando á los guardias nacionales de 20 años para que presten sus servicios en los campamentos durante un término de dos meses.

Como ensayo práctico esta movilización ha sido una prueba irrefutable de los elementos con que puede contar la nación en caso necesario, para poner sobre las armas á las milicias nacionales y para responder á todas las exigencias que impone el mantenimiento de un gran ejército.

La concentración de las tropas primero y luego el transporte hasta los puntos que se habían designado para las diversas divisiones se han realizado con una regularidad y precisión, tanto mas apreciables cuanto

que nunca se había llevado á cabo una operación tan difícil y delicada entre nosotros.

Así, el resultado de la movilización ha respondido á las esperanzas de los mas optimistas, produciendo en todo el país la legitima satisfacción que hemos visto reflejarse en todos los órganos de la prensa y evidenciarse en las manifestaciones entusiastas con que el pueblo ha despedido á las tropas.

Se han notado seguramente algunas deficiencias, pequeños defectos de detalle en el aprovisionamiento de víveres y equipos, pero son tan insignificantes que no alcanzan á amenguar el brillo del conjunto, ni á atenuar el elocuente significado de la movilización.

Es necesario tener en cuenta que la intendencia de suministros es una oficina de creación reciente, y que, apenas organizada ha tenido que preparar con la premura de un plazo no mas largo de tres meses todos los elementos necesarios para la laboriosa tarea con que le tocaba iniciarse, el equipo de treinta mil hombres que en gran parte tuvo que encargar á fábricas europeas.

Si se aprecia su desempeño recordando estas circunstancias, debe convenirse en que ha cumplido de la manera mas satisfactoria su difícil cometido y en que su acción aportará grandes beneficios al ejército una vez llegada al perfeccionamiento que solo puede alcanzarse por la práctica y por la experiencia.

Y si en este concepto ha sido feliz el resultado de



INGENIERO GUILLERMO VILLANUEVA
Ministro de Guerra y Marina

la movilización, no ha podido ser mas halagüeño por el espíritu que han demostrado los guardias nacionales, apresurándose todos á cumplir con sus patrióticos deberes; el número de ciudadanos que han acudido á los cuarteles excede los cálculos del ministerio de guerra, miéntras el de los desertores es tan reducido que apenas merece ser tomado en cuenta.

Los jóvenes de 20 años se han incorporado á las filas milicianas, no con el disgusto de un deber necesario sinó con la satisfacción de un anhelo satisfecho; y una vez llegados á los campamentos sufren las privaciones de la vida militar, las durezas de la campaña y los rigores de la intemperie sin queja ni protesta, fortificados y sostenidos por los impulsos de su patriotismo.

Es un buen ejemplo para los que vienen después, y un timbre de honor para los que están ahora.



En la república hay doce campamentos donde se han dividido las fuerzas correspondientes á cada una de las catorce provincias. Son estos:

División Buenos Aires, formada por las brigadas de la capital y de la Provincia, en el valle de Curamalal; división Mendoza formada por las brigadas de Mendoza, San Juan y San Luis, en Lujan; brigada Santa-Fé en la estancia Cabal; brigada Entre-Rios en el departamento de Nogoyá; brigada Corrientes en el departamento Villa Mercedes; brigada Córdoba en Santa Cata-



GENERAL ALBERTO CAPDEVILA
Jefe del Estado Mayor General del Ejército

ina, departamento de Rio IV ; brigada Tucumán en el paraje denominado Arcadia, antigua estancia del general Heredia ; brigada Salta, con fuerzas de esta provincia y Jujuy, en San Lorenzo ; brigada Santiago del Estero, en El Dean ; brigada Catamarca, en un valle situado á 10 leguas de la ciudad ; batallón Rioja, en las inmediaciones de esa capital y división de artillería Villa Mercedes (San Luis) con fuerzas de Buenos Aires, San Luis, Tucumán y Salta.

Estos campamentos están al mando de los siguientes jefes, respectivamente :

Generales Luis M. Campos, Nicolás H. Palacios, Manuel Obligado, Francisco Leyría, coronel José M. Uriburu, generales Ignacio Fotheringham, Félix Benavidez, Daniel Cerri, coroneles Rosendo Fraga, Manuel Fernandez Oro, Diego Saborido y general Francisco Reynolds.

No tiene todavía el ministerio de la guerra datos precisos que tardarán mucho en llegar, pero por cálculos aproximados puede apreciarse en la siguiente proporción el número de movilizados que hay en cada campamento :

División Buenos Aires 4800 ; brigada Santa-Fé 3300 ; brigada Córdoba 2500 ; brigada Entre-Rios 2300 ; brigada Tucumán 2200 ; división Mendoza 2300 ; división Villa Mercedes 1600 ; brigada Corrientes 1500 ; brigada Catamarca 800 ; brigada Salta 800 ; batallón Rioja 400 ; brigada Santiago del Estero 1500.

En todos los campamentos están convenientemente

organizados los servicios de suministros y de sanidad. Con este objeto se ha establecido en cada uno los depósitos de la respectiva Sub-intendencia y se han adscrito al estado mayor los médicos y practicantes necesarios, con todo género de elementos y con carpas hospitales donde se alojan los enfermos en curación.

Por fortuna ha sido bastante bueno hasta ahora el estado general de salud en los campamentos, y los soldados que han recibido asistencia médica han estado afectados en su mayor parte por enfermedades contraídas antes de la campaña.

El ministro Villanueva y el gefe de estado mayor general Capdevila á quien les ha tocado el honor de esta iniciativa, pueden estar, con justicia, satisfechos por el éxito completo que ha obtenido y por la elocuente prueba con que han podido demostrar la potencia militar de la república.

DE CONSTITUCIÓN Á PIGÜÉ

LA PARTIDA

EN EL CUARTEL — EL TOQUE DE DIANA — LA MARCHA — DESPE-
DIDAS EN LA ESTACIÓN — LOS GUARDIAS EN VIAJE

A las 3 en punto de la mañana tocaron diana en el cuartel del regimiento 11° de infantería, situado en la calle Pichincha entre Garay y Brasil, es decir, en un punto que no conocen más que de nombre las cuatro quintas partes de los habitantes de Buenos Aires. Era el 15 de Abril, día en que debían salir á cumplir sus dos meses de servicio en Currumalán ó Curamalal (que esto del nombre no está bien averiguado todavía), los ciudadanos de 20 años, pertenecientes á la guardia nacional movilizada.

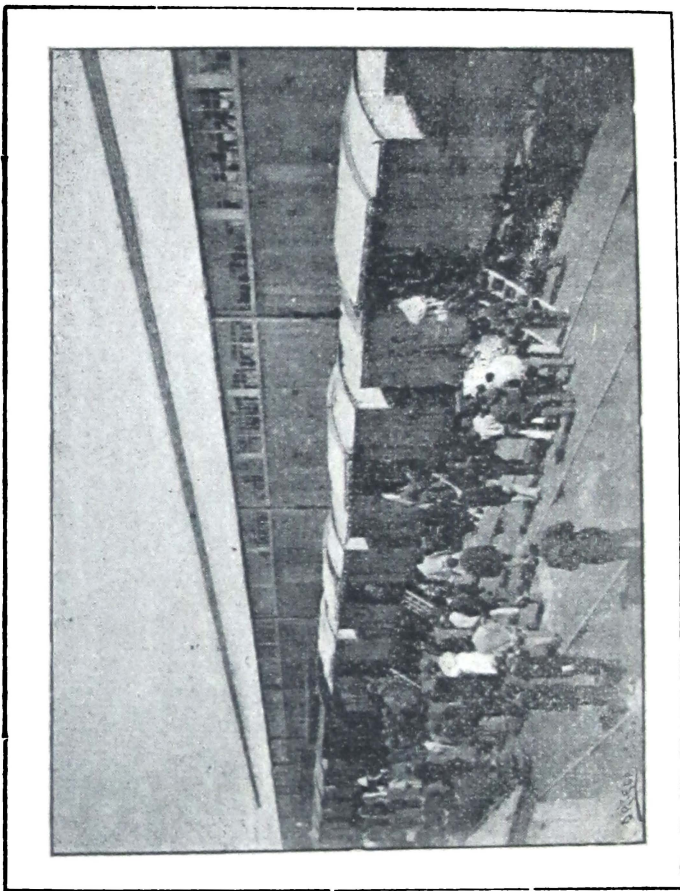
La mayor parte de los oficiales estaban entrando recién en las delicias del primer sueño. Con la presentación de algunos guardias retardados, la organización de compañías todavía incompletas, la llegada de numerosas

familias que acudían á despedir sus deudos y todos los preparativos consiguientes á la vispera de una marcha, los oficiales se habian visto obligados á permanecer en constante movimiento desde las primeras horas de la mañana hasta después de media noche.

Por una ó por otra causa habian tenido que viajar continuamente entre las cuadras de la tropa y la mayoría, y esto en un cuartel de cuatro manzanas, con media vara de fango, significaba una regular fatiga al cabo del día; pero ya parecían haberse acostumbrado á las estrecheces de la vida militar, y un momento después de estar acostados se oían los distintos diapasones de los ronquidos, vibrantes y agudos algunos, graves y sonoros otros como la campana de una catedral, haciendo coro junto con los silbidos del viento que entraba por las junturas de puertas y ventanas.

Los catres de campaña, ligeros de peso y de resistencia, como para no exceder al límite de equipaje fijado, estaban ya embalados y cosidos con la dirección escrita en grandes caracteres de tinta, de betún ó de cualquiera otra substancia negra que hubiera podido encontrar en el cuartel cada propietario para extender pasaporte á su futuro lecho.

Con los catres estaban también arrolladas las mantas, las sábanas y todos los demás accesorios, de manera que fué necesario prepararse para la marcha, descansando de las fatigas del día sobre la madera del



ESTACIÓN SOLA
Partida de tropas para Curamalel

piso, lisa y llana, lo mismo que la tropa, agolpada en las cuadras.

Cuando todo el mundo se entregaba al reposo en la quietud y silencio del gran cuartel, sólo interrumpidos de rato en rato por las voces que llegaban del cuerpo de guardia, se oyó bruscamente un estruendo espantoso de redobles y clarines, un ruido infernal que hacía estremecer las paredes y que en un segundo puso de pie á todo el cuartel sin que nadie resistiera á tan formidable y ruidosa insinuación. Por mí, no iniciado todavía en los secretos de la profesión, sé decir que desde aquel mismo momento tengo al toque de diana por el más infalible despertador que haya podido idearse jamás. Cuando se tiene verdadero sueño, en las horas de la mañana, cualquier ciudadano por poco enérgico que sea, no vacila en hacer desaparecer con una buena manotada al reloj que debe recordarlo, ó en lanzar la bota más pesada de su provisión al sirviente que viene á cumplir el encargo que le ha hecho el día anterior. Pero cuando se trata de la diana, de ese toque de la madrugada ó de la victoria, no puede emplearse otro recurso que abandonar la cama y escucharlo despierto, con los timpanos preparados, en actitud de firme resistencia. Entre sueños se siente algo como un desmoronamiento colosal, que llena de ruido el espacio; procura uno librarse de aquel sobresalto, se agita sin poder explicarse semejante catástrofe, y lo mismo que un gato hostigado por cascabeles atados en la cola, no escapa

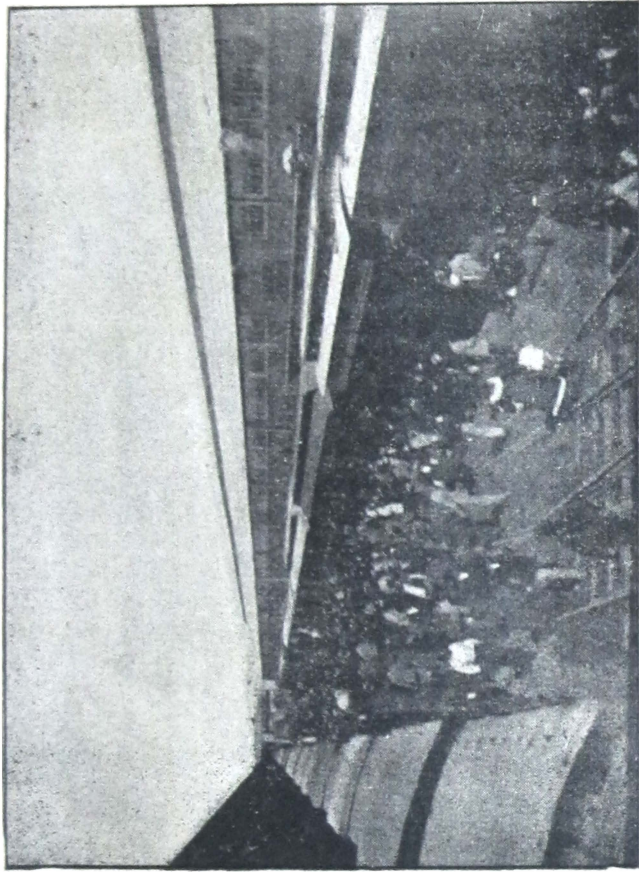
á los redobles, hasta que los escucha tranquilamente, de pie, preparado para la formación.

Cuando los clarines y tambores dejaron de tocar, todos los jefes y oficiales estaban en el patio aprestándose para dar las primeras órdenes. La tropa estaba también en pie, y entre las sombras de la noche veíase á casi todos los soldados desperezándose y bostezando, mustios y apesadumbrados por el cambio de nido, por la brusca transición entre la tibieza y blandura del lecho habitual con las durezas de la tarima militar.

En los últimos preparativos de marcha se emplearon las primeras horas de la mañana, hasta después de la madrugada. Gran agitación en el cuartel. Los oficiales iban y venían de un lado para otro, presurosos y agitados, solucionando los innumerables inconvenientes que los reclutas encontraban en cualquier operación de detalle, aclarando dudas, dando instrucciones, arreglando una grupa aquí, un kepi allá, multiplicándose para dejar todo arreglado y corriente. Al mismo tiempo se cargaban en grandes carros todos los equipajes existentes en el cuartel, para ser conducidos á la estación Sola, donde esperaban los trenes en que debían embarcarse las tropas.

Recién á las 8 de la mañana pudo el regimiento ponerse en marcha á través de las calles, enlodadas por la lluvia del día anterior.

En la estación esperaba un grupo bastante crecido de pueblo, mujeres la mayor parte, entre ellas viejas



ESTACIÓN SOLA
Partida de tropas para Curamamal

que lloraban la ausencia de sus hijos como si partieran para la guerra, haciendo tristes comentarios sobre la marcha. ¡Pobrecitos! decía una anciana bronceada, erguida sobre un cajón y preparándose á no perder un detalle del espectáculo. “¡Pobrecitos! ¡Vean! Tener que dirse pa servir cuando no están acostumbraos!” Iba á despedir á uno de los de línea y se enternecía por la suerte de los guardias nacionales, iniciados recién en las privaciones de la vida militar. Otras hacían esfuerzos para aparentar tranquilidad y hasta alegría: “Al fin dos meses les sentarán bien. Así es como se hacen los hombres”—“El gobierno es el gobierno, decía otra, y donde manda capitán no manda marinero”. Esta lo tomaba por el lado de la disciplina, con la sumisión inconsciente que implantan en esas familias algunas generaciones de parientes enganchados en el ejército.

Las tropas llegaron al cabo de una hora de espera, precedidas por los carros de equipajes y por una turba de jóvenes vendedores de diarios. De una manera ó de otra, sorteando el barro como mejor se podía, se arreglaron los curiosos para dejar paso al regimiento y éste para llegar á formar junto al tren donde debía embarcarse. Algunos coches ó caballos pasaban de cuando en cuando entre el convoy y la barrera y se producía entonces una dispersión general, huyendo todos ante la amenaza de los surtidores que levantaban los animales á su paso.

En pocos momentos la fuerza estuvo colocada en los vagones, dispuesta para la marcha, gracias sobre todo á la diligencia y actividad del Sr. Maschwitz, presidente de la dirección general de ferrocarriles, que, con el barro hasta el tobillo, dirigió personalmente la operación en todos los vagones, desde los que estaban destinados á los jefes, hasta los que ocupaba la tropa.

Algunos vendedores de frutas, pasteles y otras golosinas que aparecieron por allí en aquellos momentos vieron evaporarse sus mercancías, á cambio de precos remuneradores, pues los soldados conservaban todavía intactos sus capitales de campaña y se proponían hacer lo más agradable posible aquel viaje de veinte horas.

En todos los bustos que asomaban de las ventanillas, veíase fisonomías que reían, brazos que se agitaban en ademanes de despedida y mandíbulas que trabajaban con ardiente entusiasmo. Los guardias nacionales tomaban el viaje más como una gira de placer que como otra cosa, y se veía en ellos no la rigidez de los soldados, sino la alegría franca y abierta de los muchachos de 20 años. Algunos habían provisto bien sus caramañolas con cognac, vino, licores y otras bebidas que fueron implacablemente sacrificadas al rigor de la consigna delante de los mismos contrabandistas. Mientras tanto los oficiales arreglaban las últimas listas detalladas que debían remitirse al ministerio de guerra, haciendo con paciente resignación las modificaciones que á cada instante se producían, ya por el paso de un soldado á otra

compañía, ya por la llegada de un rezagado ó la momentánea desaparición de alguno de tropa. Cuatro ó cinco se presentaron á última hora; entre ellos venia un soldado con uniforme y sin arma, montado en una soberbia bicicleta que manejaba con gran destreza. En estas condiciones se hizo presente á su jefe y como la máquina no podía quedar allí, ni habia tiempo para llevarla, se resolvió incorporar al jinete con la bicicleta, aunque se trataba de un regimiento de infantes, decretando en honor de la disciplina y buena organización militar, un nombramiento de estafetero al ciclista, un mes de arresto al soldado y una buena reprimenda al ciudadano.

Cuando todos estuvimos arondicionados y listos los equipajes, se dió la señal de partida.

Nos movimos lentamente, como correspondia á un tren de treinta y siete vagones, ó sea en la clasificación de los entendidos, ciento ocho ejes, iguales á doscientas diez y seis ruedas. En los grupos agolpados junto á la vía, parecia que los espectadores sofocaban un grito próximo á salir, sin duda por la lentitud con que marchaba el tren. Es una observación que me reservo para otra oportunidad: no se grita con entusiasmo en una despedida sino cuando la velocidad de la marcha ayuda á los manifestantes alargando rápidamente la distancia. Mientras la máquina estiraba las piernas en sus primeros pasos, los espectadores mostráronse silenciosos y reservados; pero cuando alguien rompió el fuego con

un ¡viva! bien preparado, la explosión estalló y todos los presentes pusieron á contribución sus pulmones en honor de la guardia nacional.

En dos ó tres cuadras los vagones que flanqueaban la via estaban llenos de personas que gritaban también y accionaban, agitando pañuelos en el aire. Como cuatrocientos metros atravesamos entre dos fuegos de vivas y hurras á la guardia nacional. Y yo que compartía con el jefe del tren el privilegio de ser único civil entre novecientos militares, me hacía todo chiquito en el vagón, me escondía en mi asiento y me ocultaba tras la ventanilla, vencido por el temor de usurpar una parte de la merecida ovación con que se despedía á mis compañeros de viaje, los primeros movilizadlos que partían para las sierras de Curamalal.

EN VIAJE

LAS ÚLTIMAS MANIFESTACIONES—LOS OFICIALES Y LOS SOLDADOS
—MANIFESTACIÓN DE LAS FLORES — UNA NOCHE DE FRÍO.

La última manifestación que recibimos, ó más bien dicho, que recibieron mis compañeros de viaje en la capital, fué al lado del puente de Barracas, de un grupo de trabajadores italianos, que vivaron al tren en puro genovés con grandes muestras de entusiasmo. Hasta nos trataron de Garibaldis y Baldisseras, y nos pusieron de valientes, á lo que algunos soldados contestaron con mueras á Menelik y vivas á la bella Italia, mientras otros se ejercitaban con proclamas ruidosas en el mismo idioma de los inesperados manifestantes.

Uno de ellos, según pude ver, se dejó llevar en exceso por la exaltación del momento y la caramañola que agitaba voló por los aires, condenándole á sed perpétua por algunos días ó, por lo menos, convirtiéndole en tributario de los demás compañeros, que menos entu-

siastas, se limitaban á gritar y accionar, conservando á buen recaudo todos los efectos de su equipo.

Allí pudieron estrenarse los sargentos y hasta los cabos, que á manera de preceptores guardaban el orden de la tropa en cada uno de los vagones. Hubo algunas reprimendas enérgicas y amenazas de futuros plantones, pero todo pasó tranquilamente cuando el tren hubo entrado en el puente, quedando intacto el prestigio de la jineta y libres de toda pena los desordenados milicos.

La tropa viajaba en vagones de segunda, á dos soldados por cada banco. Era algo inquietante la perspectiva de un viaje en esas condiciones, sobre asientos de madera, pero la disciplina militar imperaba en el tren y no se ocultaba á los guardias nacionales que era imposible disponer un dormitorio para cada uno de los ochocientos hombres que arrastraba la locomotora.

Por lo demás, la cosa se tomaba por el lado risueño, con la franca alegría de los veinte años. Se habían hecho rapidas amistades en los grupos y el buen humor desbordaba en las conversaciones como si no faltaran todas las comodidades deseables.

Por la mañana se había distribuido á la tropa una ración de puchero y tres galletas para almuerzo. Frustrados por fuerza, los guardias nacionales la acometían, aprovechando esos primeros momentos de descanso, después de haber estado en pié desde las tres de la mañana. No había aperitivos, pero tampoco faltaba el

apetito. La vida militar como antídoto contra la gastronomía tiene una eficacia extraordinaria; en el cuartel habian sido devueltas muchas raciones en la primera distribución, por los que, con la costumbre de gustar manjares delicados, miraban de mala gana el puchero y el arroz que forman el rancho de la tropa. En la segunda habíase reducido considerablemente el número de los inapetentes, y en la tercera todos sin excepción habian aceptado su parte, depuesto sus escrúpulos y gustado el trozo de carne con igual placer que cualquier manjar inscripto en francés sobre un menú de cantos dorados.

En la estación se habian hecho también bastantes provisiones para que el viaje no dejara nada que desear desde el punto de vista de las exigencias estomacales.

Por su parte los oficiales no se habian quedado atrás y el compartimento que me tocó en suerte era una verdadera fiambrería en pequeño, por la abundancia de víveres de todo genero, destinados á hacer agradable la larga travesía.

Habia desde gallinas hasta dulce de membrillo, toda una serie de apetitosos artículos que no producirían gran impresión á mis lectores en Buenos Aires después de un buen almuerzo, pero que excitaban singularmente en nosotros el apetito despertado por la abstinencia del cuartel.

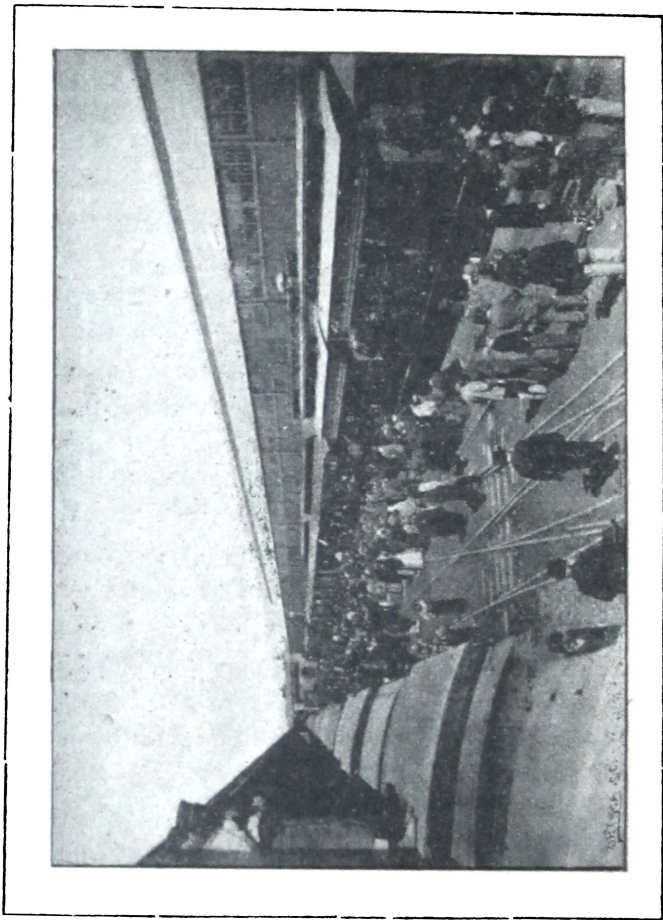
Con estos elementos y con la amena sociedad de mis compañeros de viaje, la jornada prometía ser de

las más agradables; no así para los soldados, que al cabo de algunas horas comenzaban á apercibir la dureza de los bancos y lo reducido del espacio en que cada uno debía limitar sus movimientos. Con todo, el buen humor no decaía y los sargentos se veían precisados á recordar, de cuando en cuando, la seriedad y compostura que impone el uniforme.

En una excursión á través de los vagones, pude ver que todo el mundo iba contento y jovial, comentando en tono alegre las molestias del viaje. Hasta el espíritu de cuerpo, tan intenso en los regimientos de línea, comenzaba á despertarse en los guardias, bajo la bandera del regimiento 11°; los ciudadanos empezaban á desaparecer y á surgir en su lugar los militares que hemos de ver, hechos y completos cuando se dé por terminada la movilización.

Como la marcha debía hacerse con la mayor rapidez posible, hubo en el trayecto pocas paradas. En Cañuelas, Gorchs y Vilela nos detuvimos un momento para que tomaran agua, tanto las máquinas como los soldados. La orden era formal para que no se permitiera bajar á la tropa, porque ochocientos hombres hubieran podido difícilmente abandonar sus puestos y volver á tomarlos sin un retardo considerable, que se hubiese reproducido en cada estación del trayecto.

Sólo se permitía que bajaran dos soldados de cada vagón con las caramañolas que pudieran llevar para llenarlas en el depósito de la estación, compensándose



ESTACIÓN SOLA
Partida de tropas para Curamalal

así la abstinencia absoluta de bebidas alcohólicas que se había ordenado por los gefes.

En Las Flores, donde llegamos á las dos de la tarde, nos hicieron la gran ovación del día. El andén de la estación, completamente ocupado por la concurrencia, había congregado á casi todas las familias del pueblo, en donde figuraban muchas señoras y señoritas, todas entusiasmadas, risueñas, saludando con vivas y hurras á los soldados de la patria. Con los saludos caían ramos de flores, que eran ardientemente disputados por mil brazos en las ventanillas y también muchos fiambres y otros artículos no menos atrayentes, dignamente recibidos en los vagones de la tropa.

Diez minutos de manifestación, un gran ¡viva! al partir y luego otra vez en marcha hasta el Azul. Allí estaba preparada una carne con cuero para que comieran los viajantes, habiéndose instalado el comedor sobre la vía, frente á la estación, bajo un techo no salpicado de estrellas como otras veces, pero si cargado con gruesas nubes que lanzaban una lluvia fina y molesta.

Así bajo el agua comieron los soldados. bien en algunas compañías, medianamente en otras y muy mal en las que no tuvieron suerte para entrar oportunamente al reparto. Segun oí decir á varios oficiales no se habían preparado los víveres de manera que pudieran distribuirse prontamente y como la hora del tren no admitía retardos quedaron algunos soldados sin comer,

pero no sin la mojadura, que tocó á todos por partes iguales.

En cuanto á los jefes, tenían una mesa de doce cubiertos en la estación, servida por un robusto lombardo, que aun cuando estuviera en mangas de camisa, desempeñaba sus funciones con la solemnidad del más perfecto maestro de ceremonias. observando estrictamente el orden de las gerarquias y haciéndose notar por la grave corrección de sus frecuentes reverencias.

Al cabo de una hora y media, seguimos de nuevo el viaje. Era ya de noche y comenzaba á apretar el frío. No sé como se habrá pasado la noche en los vagones de tropas, pero supongo que los guardias nacionales han de guardar el recuerdo de esa velada como el más desagradable de la movilización. Era un frío cruel, implacable, que parecía helar la atmósfera. El mate, las bebidas calientes y las mantas resultaban infructuosas contra el rigor de la temperatura, tan cruda como se siente muy rara vez en Buenos Aires. Y si se tiene en cuenta que los vagones de ferro-carriles más parecen heladeras que salones de pasajeros, bien puede comprenderse la noche que pasarían los guardias nacionales, en coches de segunda y sentados sobre bancos de madera.

Nosotros íbamos en coches dormitorios de primera clase, no tan confortables como hubiéramos deseado porque la empresa del ferrocarril había tomado la precaución de suprimir frazadas y colchones, dejando-



GENERAL LUIS M. CAMPOS
Jefe de la división Buenos Aires

nos las camas con sus cubiertas de hule liso y pelado. Apesar de todo, el frío que se hacía sentir con rigor, nos obligó á pasar la noche saltando dentro del vagón para desentumecer los músculos y dedicándonos al mate y otros reconfortantes para calentar el estómago.

Debo hacer notar que los soldados de línea llevaban dos mantas, mientras que los guardias nacionales no tenían más que una; sin duda hubo alguna razón para fundar esta diferencia, pero no puedo yo alcanzarla ni explicarme el objeto que la haya inspirado. Que los de línea hubieran tenido una sola y dos los otros podía explicarse por la consideración de que los guardias no están acostumbrados á la vida de campaña y que debia serles mucho más penoso que los soldados hechos, el frío de las sierras. Pero la distribución del equipo estableciendo una distinción que no debía existir, en perjuicio de los guardias nacionales, es digna de toda censura si no há obedecido á alguna causa de fuerza mayor. Hago constar que no reparé personalmente en este detalle y que sólo hablo por referencias de algunos oficiales.

A las 5.30 de la mañana llegamos á Pigüe. En diez minutos la tropa había bajado del tren y estaba formada sobre la via para pasar la lista de llegada. Todos los soldados y las personas del pueblo que habían acudido, desaparecían bajo capotes, mantas y ponchos, estremecidos de frío por las rachas de viento que soplaban de la sierra. Todavía no había salido el sol y en

la atmósfera se vela el velo tupido de la niebla extendido sobre todo el panorama. Ni un ruido, ni un movimiento. Parecía aquello un recuerdo del invierno en Siberia por el contraste de esa temperatura con la templada que el día anterior había en Buenos Aires.

Un precavido sacó un termómetro del bolsillo: había dos grados bajo cero.



LOS GUARDIAS NACIONALES

LOS TRENES EN LA MOVILIZACIÓN.—EL EQUIPO.—ALIMENTACIÓN
Y VESTIDO.—LA VIDA DE CAMPAMENTO.

Una de las cosas más dignas de notarse en esta movilización, ha sido la regularidad con que se ha efectuado el transporte de tropas en todos los puntos de la república. En este concepto, la prueba no ha podido ser más satisfactoria ni halagüeña y ha venido á demostrar los elementos de que pueden disponer las empresas ferrocarrileras para ayudar las operaciones militares, en el caso de que un acontecimiento desgraciado las hiciera necesarias.

En la provincia de Buenos Aires, donde pude apreciarlo por vista propia todo se hizo con matemática precisión, sin un solo tropiezo ni inconveniente. Los trenes corrieron dentro de los horarios fijados, llevando el número de hombres establecido de antemano, no faltaron vagones de pasajeros ni de carga, y la combinación de los diversos convoyes que debían afluir á la línea principal no tuvo el menor tropiezo.

El día que salimos para Curamalal hubo cuatro expresos de tropa, en los que pudieron trasladarse, dentro del día, todas las fuerzas correspondientes á la brigada de la capital.

Nosotros llevabamos 858 individuos de tropa, 78 oficiales, 10 jefes, un jefe de tren, un periodista (yo), un maquinista y un fogoronero. Hasta el Azul no sabíamos á punto fijo el número de hombres que iban en el tren porque se habían quedado algunos y presentado otros á última hora, no habiendo sido posible hacer el cómputo definitivo de las listas por el tiempo y trabajo que reclamaba la operación.

Después de esa estación ví pasar por una ventanilla la cabeza del delegado de la dirección, que en jira por los estribos había contado uno por uno los pasajeros para pasar su informe del viaje y recién entónces pudimos saber á ciencia cierta los elementos con que contábamos y el número justo de soldades, oficiales y jefes.

Iba también con nosotros el jefe de la brigada, coronel O'Donell, instalado en uno de los vagones delanteros, con sus oficiales ayudantes y una banda de música de no sé qué cuerpo, que en todas las estaciones donde nos deteniamos hacía vibrar los aires con sus clarines y tambores.

Con la enormidad de coches que llevábamos, la marcha debía necesariamente ser más lenta que la de los trenes ordinarios. El horario se había fijado teniendo en cuenta esta circunstancia y lo seguimos puntualmente hasta

el Azul, donde la comida de la tropa nos retardó casi una hora; luego, en Olavarria tuvimos que esperar durante otra hora la llegada del tren nocturno para tener vía libre; cuando llegamos á Pigüe, término de nuestras fatigas ferrocarrileras, llevábamos dos horas de atraso, y á buen seguro que nadie pensó en quejarse, pues tan feliz circunstancia nos hacía desembarcar por la madrugada, en vez de hacerlo á las 4 de la mañana como nos había amenazado el horario.

Los soldados iban bien provistos para resistir al frío. El capote militar que llevaban, todo un señor capote capaz de detener á la más osada racha de viento, es una pieza de sastrería calculada para inviernos como los de la sierra de Curamalan y hasta para mucho peores si se ofrece. El paño es imponente por su espesor y el forro puede competir sin desventaja con él por la robustez de su material. Además, llevaban una manta, dos pares de medias, tejidas según me dijo un oficial en la intendencia de guerra, dos piezas de ropa interior, cubierto, jarro y plato. Estos últimos artículos, que son por ahora de lata y hierro enlozado, serán sustituidos por otros de aluminio más sólidos y menos pesados que se han encargado á Europa, en número suficiente para proveer á toda la tropa.

En esta movilización se ha querido ensayar practicamente una grupa de nuevo modelo en sustitución de la antigua mochila, con objeto de aligerar todo lo posible el peso del equipo. Consiste la grupa en un correaje que

pasando sobre los hombros se liga al cinturón y sostiene sobre la espalda la manta, el capote y los demás efectos que completan el equipo. Cuando hace frío y el soldado lleva puesto su capote, crúzase la manta en banda sobre el pecho y queda libre del peso, entónces inútil, que representa la mochila.

Sin embargo, parece que el nuevo sistema ofrece sus inconvenientes. Las dos correas delanteras soportan todo el peso de la grupa, oprimen en exceso el pecho y determinan en el soldado una posición muy molesta para la marcha. Es posible que pueda obviarse este inconveniente, pero mientras tanto no se puede abandonar definitivamente la antigua mochila, un poco más pesada, pero también mucho más cómoda para el soldado.

Las mantas, amplias, gruesas y de mucho abrigo, pueden prestar eficaz auxilio al capote en la campaña contra el frío. No brillan por la elegancia de su corte, ni por la finura de su tejido, pero en las noches frías, cuando sopla el viento catódico de las sierras, tienen una tibieza deliciosa y una suavidad extraordinaria. Con una de ellas, el formidable capote y la protección de la carpa, bien pueden desafiarse las rigurosas cruquezas del invierno curamalense.

Por lo que se refiere al rancho, los soldados no han tardado, como dejo dicho en amoldarse á la obligada fugalidad del campamento. En los primeros días, cuando queda en el paladar el sabor de los manjares gusta-

dos en una mesa, la ración militar no ofrece grandes alicientes. Son necesarios algunos días para habituarse. Luego, cuando ya el ciudadano comienza á convertirse en soldado, resulta tan buena y apetitosa como la mejor. Es poco variada, pero abundante, y sobre todo muy sana; puchero por la mañana y asado por la tarde, como plato base, complementado con arroz, papas algunas veces, caldo y hasta porotos en ciertas ocasiones. Se les da también yerba, sal y tabaco, unos cigarrillos patrios absolutamente detestables que han de martirizar á los buenos fumadores de la tropa. Muchos se han llevado pipas para atenuar los efectos del tabaco y fuman como marineros ingleses, en inmensas bocanadas de humo pátrio. Un paquete se distribuye por día á cada soldado, un paquete que ni siquiera ostenta la leyenda indispensable, la clásica mistificación de todos los cigarrillos en todos los países: tabaco habano. No es tabaco de Cuba; siquiera les queda á los milicos fumadores el consuelo de no sufrir la cruel ironía que nos imponen ciertos fabricantes de malos cigarros con las leyendas de sus paquetes.

En cambio, la yerba es de buena calidad y se reparte en bastante abundancia. Cada soldado tiene su bombilla y se propina al cabo del día algunas docenas de mate amargo, en jarro, porque mates no se encuentran por allí.

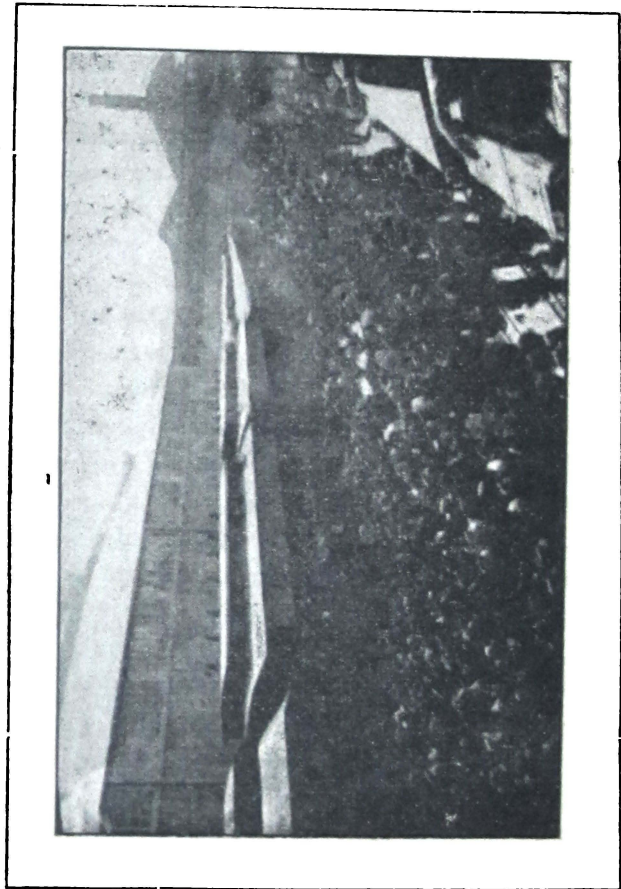
Con tal entusiasmo lo hacen, que no parece sino que en toda su vida no han conocido el empleo del azúcar.

El mate de café tiene también sus partidarios y circula con profusión alrededor de los diversos fogones.

Para el campamento, una prenda de uso que presta buenos servicios es la alpargata. Después de las marchas y de las maniobras, sienta á maravilla; puede ser poco elegante, no muy correcta y bastante primitiva, pero en los momentos de cansancio tiene un valor inapreciable. Como dicen allá, todos *se apuntan* á la alpargata en los momentos de descanso, proscribiendo terminantemente la bota y el botín.

El reparto de la ración se hace por la autoridad correspondiente, un cabo de rancho que desempeña en cada compañía funciones análogas á la de fray Melitón, con no menos paciencia que el expansivo lego. Soldado por soldado, llega á cada uno con su escudilla, que el cucharón llena en seguida de carne arroz y caldo al azar, sin permitirse preferencias ni atenderse reclamaciones. Los gustos desaparecen ante la disciplina militar, y si los soldados quieren buscar el trozo de su predilección, tienen que hacerlo en el canje de provisiones que después de cada reparto se opera en los diversos grupos. Los cambios se hacen con gran equidad, por cantidades equivalentes: un trozo de gordura por un pedazo de carne, una cucharada de arroz por una tajada de puchero, tres paquetes de cigarrillos por una toma de yerba, ó negocios semejantes.

Se improvisa así una bolsa de fondos consumibles



ESTACIÓN SOLA
Partida de tropas para Curamala!

donde se determina la cotización de los diversos manjares y al fin todo el mundo queda satisfecho.

Los que quieren guardar provisiones tienen una amplia bolsa de viveres, que forma parte del equipo en carácter de fiambrería ambulante. Allí caen las reservas, especialmente de galleta, que luego se ven surgir en las horas de la tarde, dando ocupación á todas las mandíbulas y compartiendo con el mate el papel del *three ó clock tea*.

Los muchachos se han amoldado ya á las exigencias de la vida militar. Comen galleta como pan fresco, gustan el puchero como si fuera faisán y consumen el caldo como el más *royal* de los *consommés*. Están decididos á aprovechar la movilización convirtiéndose en verdaderos militares y desde ahora comienzan á lograrlo. Cuando los veamos de regreso van á estar desconocidos; y no será difícil que muchos recuerden con placer y echen de menos el colchón del campamento ó el trozo de carne de la ración cotidiana.

EN FIGÜÉ

EL PUEBLO — LAS CALLES Y LAS CASAS — EL AGOSTO DE LOS
COMERCIANTES — DIRECCIÓN DE CORREOS DE FIGÜÉ.

A Figüé llegamos todos los viajeros menos un guardia nacional, hombre de estupenda rapidéz de vistas por lo que pudo notarse, que quedó en una de las estaciones del trayecto. Estaba junto al depósito de la estación llenando de agua varias caramañolas cuando el tren se puso en movimiento, y espantado, sin duda, por aquella marcha imprevista echó á correr hacia adelante para alcanzar uno de los primeros vagones, en que iba su compañía; pero como el tren tenía dos cuabras y medio de largo, no tuvo tiempo el ciudadano de terminar su carrera, ni menos de llegar á su vagón, porque cuando llegó á iluminarlo la idea de que podia treparse en el más cercano, ya no se lo permitía la velocidad del tren.

Salvo ese soldado—que no llegará seguramente á general, y que se presentó por la tarde en el tren que

condujo al regimiento 10º,—no quedó ningún remiso en el trayecto.

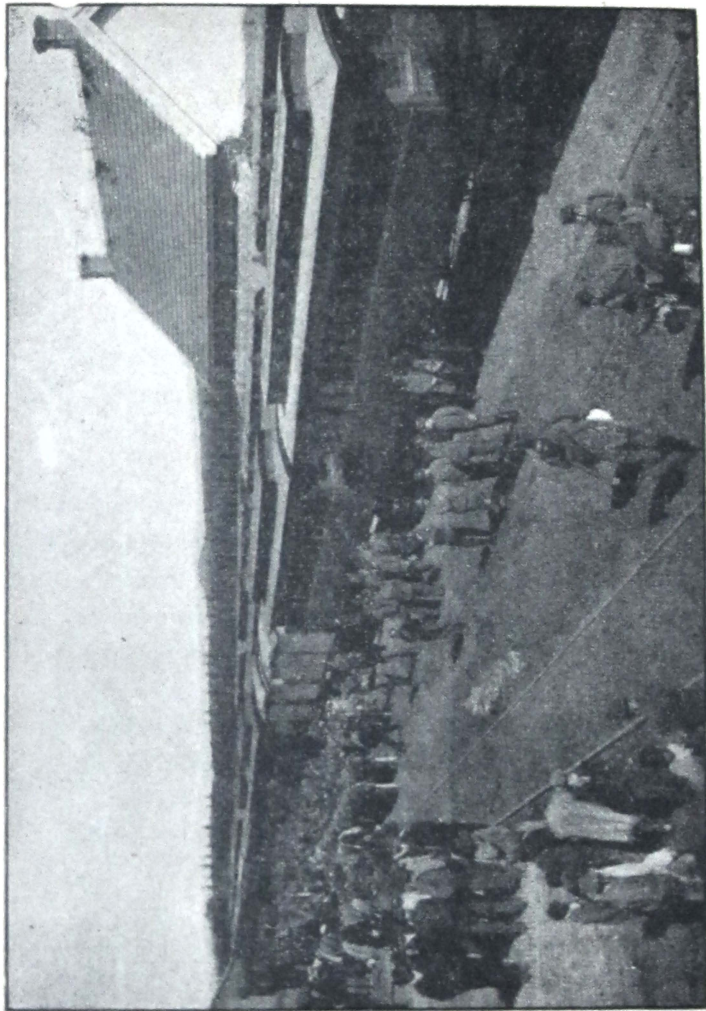
Se anunciaba que inmediatamente de desembarcar el regimiento partiría para el campamento de Curamalal, iniciándose una marcha de cinco leguas á través de las sierras. Solo al llegar á Pigué se supo que había otras órdenes y que se descansaría el primer día cerca del pueblo, para ponerse en marcha á la madrugada del siguiente.

Fué una noticia recibida con entusiasmo, y á buen seguro que no hubieran omitido los guardias una ruidosa manifestación si las leyes militares no se opusieran terminantemente á tales excesos.

El pueblo de Pigué está cortado sobre el mismo molde que todos los de la provincia. Bajas todas las casas, arenosas las calles y en el centro una manzana baldía y cercada, que con tener un follaje enmarañado y tupido y dos caminos cruzados, disfruta los honores de plaza principal del pueblo.

Los oficiales de los regimientos 2º y 4º que habían llegados dos días antes que nosotros, nos evitaron el trabajo de bautizar las calles de Pigué para las indicaciones que frecuentemente nos veíamos en el caso de hacer.

Habían establecido ya una nomenclatura completa, singularmente útil por la facilidad con que podían retenerse, tomando por base los nombres de calles de Buenos Aires. La calle principal se llama Avenida de



ESTACIÓN PIGUÉ

Desembarco de tropas

Mayo, la siguiente de Victoria, y la del otro costado Rivadavia; para las laterales había sido necesario operar algunas reducciones, por falta de calles para establecer una analogía perfecta: al lado de la de Florida quedaba Artes, luego Callao y en seguida Circunvalación; hacia la estación la nomenclatura se reducía á 25 de Mayo y Paseo de Julio, porque no da para más el plano de Pigüé.

La única casa que salía del radio era la estación y un gran convento de hermanas que hay por allá, para los cuales no había necesidad de ubicaciones especiales, bastando con sus nombres propios, tal como sucede en Buenos Aires con Palermo ó con el parque de don Lezama.

La Avenida de Mayo pigüense es la que tiene mejor conquistado su nombre en esta nomenclatura, por los extensos claros de edificación que se notan saliendo del centro y por la altura uniforme de todas las casas. Después de dos ó tres cuabras de la estación, los edificios escasean y se ven en su lugar terrenos baldíos con un pequedo rancho perdido entre los árboles del fondo.

La arquitectura no puede ser más uniforme: dos ventanas, una puerta, azotea, revoque en las de lujo y nada que sobrepase cuatro metros de altura. El afirmado es de sistema económico: tierra en la calzada y el mismo cemento en la vereda, todo esto adornado por

zanjones pavorosos y con las mejores propiedades para convertirse en un fangal á las primeras de lluvia.

El pueblo está trazado sobre un terreno lleno de ondulaciones, en la falda de una loma que oculta á la vista todo el panorama por el lado de las sierras. Hacia la estación se vé la pendiente, y detrás, elevándose sobre las filas de álamos, la línea accidentada de las sierras en el horizonte. En todos los alrededores el campo tiene la misma desnivelación y pueden recorrerse muchas leguas sin divisar un palmo de esa llanura inmensa que se extiende sin un solo pliegue en otros sitios de la campaña.

Una cosa curiosa ha sucedido con la construcción del pueblo de Pigüe, si he de estar á los informes que por allí me han facilitado y á la prueba palpable que los confirma. Cuando se levantó la estación del ferrocarril, un grupo de especuladores adquirió todo el terreno de los alrededores, disponiéndose á no ceder un solo lote sin sacar largo partido de su monopolio; pero los compradores tomaron rumbo para el lado opuesto de la vía y así quedaron burlados los negociantes y aislada la estación frente á frente del pueblo.

Con la irrupción de tantos militares, estaba la pingüense villa absolutamente desconocida. A su tranquilidad habitual habia sucedido una agitación que duraba desde el amanecer hasta la media noche, ó,—poniéndose en la corriente,—desde la diana hasta la retreta. Ruido de espadas por un lado, capas flotando al vien-

to por otro, caballos entre nubes de polvo, no había allí más que uniformes y galones. Y como los oficiales de guardia nacional no tienen todavía con sus armas la familiaridad que es necesaria, los ruidos de acero se acentuaban por choques imprevistos, por roces de cadenas y hasta por alguno que otro percance en que se veía comprometida por un momento la estabilidad de un oficial al enredarse la espada con las piernas.

Los hoteles no tenían una sola habitación disponible, y en muchos se había improvisado como dormitorio la sala de billar; porque han de saber mis lectores que hay hoteles en Pigüé, y no uno solo como pudiera creerse, sino tres ó cuatro, con todos los refinamientos del caso.

En todos los establecimientos de comercio se notaba á primera vista la satisfacción con que era recibida la visita de los movilizados; caras de almibar por todos lados, un trato meloso de puro dulce y unos precios en la caja, capaces de espantar al más pródigo de los compradores. Día por día subían los precios en los artículos más solicitados y puede asegurarse sin temor de errar, que un alcista cualquiera le hubiera allí clavado todos los clavos que puede contener á la rueda de la fortuna.

Los soldados, y especialmente los oficiales, pueden certificarlo, por experiencia propia, pues allí dejaron muchos de los pesos que habían llevado para los gastos de la campaña.

La cuestión de alojamiento hubiera sido un problema

sério para los oficiales de la brigada provincial que llegaron allí con cuatro ó cinco días de anticipación sobre sus respectivos contingentes, á no mediar el amable ofrecimiento de las sociedades italiana y francesa, que cedieron gratuitamente sus locales para todo el tiempo necesario. El cura de la localidad, cuyo nombre lamento no recordar ahora, fué el que solicitó desde un principio esta cesión, y á su iniciativa se debió que los oficiales tuvieran alojamiento preparado antes de llegar á Pigüe.

En los hoteles, los salones comedores, miraban espantados el concurso excepcional de clientes que los favorecían en las horas de la comida y del almuerzo. Las mesas se llenaban completamente y los comedores rebosaban con un ejército de veinte ó treinta oficiales. Y veinte personas no es humo de paja en los comedores de Pigüe; que no se necesita más para no dejar un medio sitio disponible. De improviso, cuando todos se entregaban á los placeres de la gula, asomaban por la puerta los cinco ó seis galones de cualquier jefe, y se producía una brusca revolución: de pie todo el mundo, las manos en los kepis, las espaldas chocando contra las sillas y muchas veces el ruido característico de un cristal que se rompe. El jefe bajaba la mano, y sin más que este ademán volvía cada cual á su puesto y el orden se restablecía hasta la llegada de otro kepi que tuviera más de tres galones.

Saludos militares no he visto nunca reproducirse en



GENERAL LORENZO WINTER
Jefe de la brigada Buenos Aires

tanta abundancia como en las calles de Pigüé. A tal número llegaban, que caí en la tentación de hacer un pequeño cálculo sobre el total del día, pero hube de abandonar tal propósito al anotar trescientos ochenta y cuatro saludos y otras tantas respuestas en cinco minutos de jira al rededor de la plaza de Mayo. En circunstancias como ésta, me decía un oficial, el saludo deja de ser una manifestación de respeto militar, para convertirse en un excelente ejercicio muscular. Es la verdad y puedo certificarlo por vista de ojos.

Cafés no faltan en Pigüé. Los hay en grandísima abundancia, y si hemos de juzgar por ellos, podemos creer que la gente de allí tiene especial predilección por los encantos del mus y del billar. De París únicamente, hay dos: uno "antiguo," que ví en una de las calles más apartadas del pueblo, y el otro sin antigüedad en el tablero, pero con mucha en el mueblaje del despacho. Luego los nombres más pintorescos, que no citaré aquí para que no se me tache de prolijo y por considerar que no han de tener sinó un interés muy mediano para los lectores.

Donde la invasión militar causó mayor desorden, fué seguramente en la oficina de correos, á cargo de un paciente ciudadano, que me pareció ser enemigo declarado de todo apresuramiento y agitación. Sobre él y un pequeño ayudante poco versado todavía en las lides postales, pesaba toda la carga de una correspon-

dencia que pasaba algunos días de mil piezas entre cartas y encomiendas.

El hombre desempeñaba con minuciosa prolijidad su cometido, midiendo bien sus letras y sus palabras antes de consignarlas sobre el papel, y en las horas de mucho movimiento, después de los dos trenes, cerraba la puerta á los importunos, y en el reposo y quietud de su oficina, como un alquimista ante sus retortas y alambiques, el director de correos de Pigüé, en medio de sus cartas, contribuía con toda conciencia á la marcha regular de la gran máquina postal universal.

Los buzones colorados han llegado ya por allí y se está colocando actualmente uno en la fachada del correo, frente mismo á la plaza de Mayo, ó de Victoria, que sobre esta denominación no han podido ponerse de acuerdo los autores del último plano de Pigüé.

Por lo demás, se ve poca gente en el pueblo. Tres mil habitantes tiene, pero al cabo de una semana no alcanzan á verse más de cien. Sea que los militares estuvieran en mayor número ó que los vecinos no quisieran mostrarse, ello es que durante los primeros días de la movilización no se veían en Pigüé más que uniformes, galones, espadas, fusiles y todos los atributos de la militar carrera.

EL CAMPAMENTO PROVISIONAL

LAS SIERRAS DE CURAMALAL—LOS REGIMIENTOS ACAMPADOS—
EJERCICIOS Y EVOLUCIONES—LOS ARTILLEROS Y SUS CA-
BALLOS.

El campamento provisional de Pigüé donde han acampado todos los regimientos antes de ponerse en marcha para Curamalal, está situado á cinco cuadras del pueblo sobre la altura de una loma que permite dominar todo el panorama de los alrededores.

Allí se levanta el edificio del templo en construcción, una capilla de severa y elegante arquitectura destacada en medio del campo, que una vez concluida dará tono al pueblo de Pigüé por la amplitud de sus proporciones y la belleza de su conjunto. Los muros, rodeados de andamiaje, se levantan actualmente hasta las dos terceras partes de la altura que deberán tener y permiten formar idea de lo que será el edificio cuando esté definitivamente concluido.

Desde el pueblo construido en la falda de la loma, no puede apercibirse la cadena de sierras de Curamalal,

que surge repentinamente á la vista en mitad del camino que conduce al campamento provisional. En el extremo de la avenida de Mayo pigüense comienzan á apercibirse á lo lejos las crestas montañosas, que van completándose rápidamente hasta descubrir toda la serranía con sus grietas y sus perfiles sinuosos, como montones de tierra más ó menos altos que parecen próximos á desmoronarse.

La perspectiva, muy engañosa para miradas poco habituadas á apreciar la distancia como lo son las de casi todos los soldados y oficiales que debían acampar allí, previa una marcha reconfortante de algunas leguas, hacia creer que las sierras no estaban á más de diez ó quince cuadras de distancia. Muchos aseguraban que aquello era solamente una avanzada del gran ejército, y algunos oficiales proponían dar un paseo hasta el pié de la Curumalal Grande para abrir el apetito, mientras otros llegaban hasta organizar expediciones para subir á la cumbre, contando todos con estar de regreso antes de la hora del almuerzo. El aperitivo hubiera resultado excelente en caso de no quedar en proyecto esas excursiones, porque sin contar con que la tropa no había comido desde la tarde anterior, bastaban para despertar el apetito más rebelde las cinco leguas que hay hasta la sierra por el camino más corto. En cuanto á la altura de aquellos montones de tierra, que tan pequeños aparecían á la vista, supimos más tarde por personas del pueblo que sumaba algunos

cientos de metros y que para salvarla no empleaba menos de tres horas un buen jinete.

El regimiento 11° primero y luego el 10° y el 6°, que llegaron por los trenes de la tarde, establecieron allí sus campamentos en los sitios que de antemano se habían designado.

Tres regimientos acampados, y de guardias nacionales en su mayoría, allí á dos pasos del pueblo era un espectáculo novedoso y sensacional para el público de Pigüé, que en gran número acudió á presenciar los ejercicios, formando á cada regimiento un nutrido marco de espectadores en que el bello sexo estaba dignamente representado.

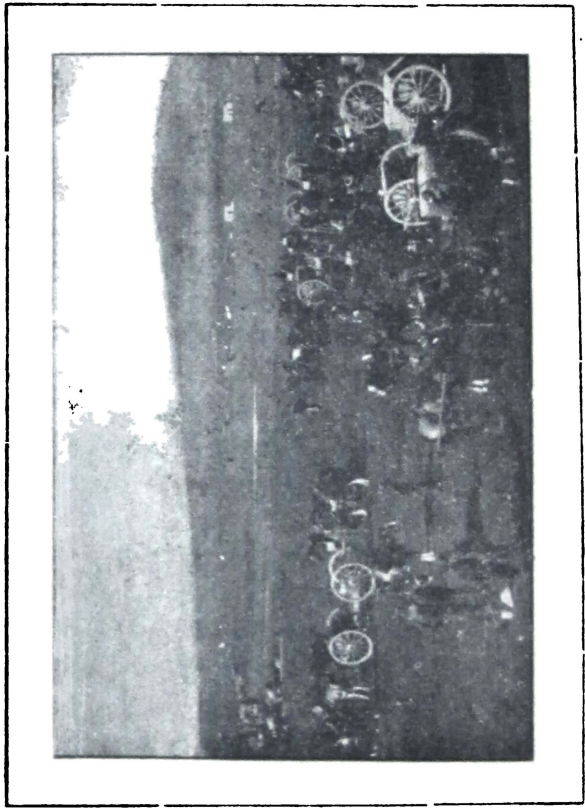
La instalación provisional no dió gran trabajo, pues con dar la voz de ¡alto! primero y la de ¡rompan filas! en seguida estuvo la operación terminada y los soldados establecidos en su campamento. Carpas no las había todavía ni noticias ciertas de que fueran á llegar. Fué necesario tomar por cuartel la pradera, por techo al azul del cielo y por estufa el viento de las sierras que en aquellos momentos fustigaba con ráfagas heladas. Algunos ranchos situados junto al improvisado campamento fueron galantemente asaltados por los oficiales. En uno de ellos el teniente ayudante estableció su oficina y pudo entregarse tranquilamente á la laboriosa tarea de levantar una estadística de los presentes, de los ausentes, de los remisos, de las compañías, de una enorme cantidad de datos é informaciones destinadas

al ministerio de la guerra; entretanto se tomaban excelentes mates en los otros ranchos y los soldados cargados de caramañolas hacían funcionar sin descanso las cuerdas de los pozos, preparándose para la comida.

No se olvidaban tampoco los fogones para guarecerse contra el frío y para gustar los primeros mates del campamento. Los guardias nacionales no tardaron en encontrar el secreto de las piras de campaña y un momento después la leña comenzaba [á humear por todos lados, envolviendo á las tropas en negros nubarrones.

Allí, en el improvisado campamento es donde se han hecho los primeros ejercicios, algo así como un ensayo general que permitiese á los jefes tomar el pulso de sus batallones y conocer el grado de instrucción de la tropa. Puede observar que los guardias nacionales de la capital maniobran con gran exactitud y precisión, faltándoles únicamente un poco de seguridad en los movimientos para poder parangonarse con los soldados de línea. Por compañía y por batallón las evoluciones se hicieron con orden perfecto y dejaron completamente satisfechos á los jefes que no creían tener tanto camino adelantado.

Entre la uniformidad del conjunto, se notaban sin embargo algunos soldados invenciblemente refractarios á toda noción militar. Un negro vi entre otros que habría agotado la paciencia del mismo Job, si el patriarca hubiera caído en la tentación de instruir malos reclutas.



CAMPAMENTO PROVISIONAL
Una sección de artillería

Me hacia recordar con su admirable estupidez, la anécdota de aquel maestro de aldea empeñado en despertar la rebelde inteligencia del hijo del alcalde: ¿Quién es el padre de los hijos del Zebedeo?... Mutismo del niño; no hay manera de hacerle encontrar la respuesta y sin embargo es necesario que salga aprobado y que el señor alcalde quede satisfecho. Entonces el maestro pretende ayudarle: Vamos á ver, niño. Quién es el padre del hijo del alcalde? Otra vez mutismo.—Veamos en otra forma: ¿Quién es tu padre?—¡El alcalde! contesta el angelito con voz triunfante.—Bueno, entonces, si el padre del hijo del alcalde, es el alcalde, ¿quien es el padre de los hijos del Zebedeo? Y el niño iluminado repentinamente, encuentra la solución: ¡Es el alcalde!

Esto mismo sucedía con el negro de que hablo y con algunos otros soldados que se distinguían como raras excepciones. Ocho veces seguidas le repitió un capitán que la correa del fusil debía ir hacia adentro y ocho veces seguidas el hombre la colocó hácia afuera, después de haber hecho todos los esfuerzos de imaginación posibles para retener la lección del oficial. No sé si la vida militar despojará de su corteza á estos ciudadanos, pero me atrevo á afirmar que los oficiales tienen derecho á ser canonizados si les toca en suerte muchos reclutas de este género.

Los soldados de la brigada provincial, en cambio, no saben una palabra de milicia ni de nada semejante.

Casi todos se presentaron envueltos en sus ponchos, calzando botas alzadas y con un lío de ropa como equipaje.

Muchos creían que se les llevaba una revolución y se iniciaron dando vivas á distintos personajes políticos, con gran escándalo de los jefes. Por más que se pretendiera disuadirlos de su idea, sonreían maliciosamente, miraban de lado y sin hacer ninguna objeción se guardaban su creencia con la desconfianza obstinada que caracteriza á los hombres de campo. Luego hablaban misteriosamente entre ellos, haciendo comentarios sobre la resolución á que se creían destinados, sobre el punto en que se desarrollaba y sobre todas las demás novedades que habían podido forjar á propósito del mismo asunto.

En cuanto á la seriedad y circunspección militar, parecían desconocerlas por completo. A uno de ellos que parecía haber pasado de largo los 20 años, le preguntó un jefe cuántos años tenía: ¡Y vaintes pues; cuántos quiere que tenga! Y para completar su respuesta dió majestuosamente la espalda al indiscreto, incurriendo en la pena de plantón que le fué impuesta por cuatro horas, sin más requisito ni formalidad. Otros se permitían hacer comentarios más ó menos risueños sobre los oficiales, sin ninguna reserva, y no faltó uno que se presentase pidiendo ser librado de los ejercicios por el mucho cansancio que según dijo le producían. No hay para qué decir que estas expansiones de los

primeros días, se deben únicamente á la ingenua ignorancia de los futuros milicos y que cesarán tan luego como algunos días de campaña les hayan amoldado á las prácticas de la vida militar.

Como justa compensación de esta falta absoluta de nociones militares, tienen los soldados de la provincia la ventaja de estar habituados á las estrecheces del campamento, á las noches pasadas sobre el suelo, á los secretos del fogón, y sobre todo, al repertorio de los tristes, vidalitas, milongas y demás canciones que amenizan la soledad de la campaña.

El regimiento de artillería estuvo acampado dos días en el pueblo, luchando en vano por vencer la indocilidad de los caballos que había adquirido. Era digno de verse y hasta de admirarse el espectáculo que ofrecían algunos soldados, haciendo proezas sobre animales más aparentes para domadores que para soldados poco habituados á la práctica de la equitación. A cada momento se veía pasar un caballo dando grandes saltos y sobre él, prendido con las manos sobre la silla, encorvado el cuerpo y siguiendo forzosamente el violento compás de los movimientos, un jinete improvisado que no atinaba á hacer entrar en orden á su cabalgadura. Todo junto, como un manojo de llaves que se agita en el aire, saltaba por un lado el soldado, por otro la bolsa de viveres, por otro el sable, las riendas y el látigo, produciendo en conjunto un cuadro lleno de cómicos y amenísimos efectos. La gran capa militar que usan



CORONEL CÁRLOS O'DONELL
Jefe de la brigada de la Capital

los artilleros completaba el espectáculo, desplegándose en todas direcciones como la manta de un fantasma ecuestre, junto con las cabriolas del animal y los saltos del jinete.

Para conducir las piezas, han dado los animales un trabajo extraordinario. Los primeros días no hubo forma de hacerles cumplir con su deber. Se les castigaba con látigos, con correas y con machetes, se les pinchaba, se les trataba con un rigor absolutamente militar que hubiera estremecido de horror al doctor Albarracín, y las bestias continuaban obstinadas, sin moverse, respondiendo únicamente con un par de coces cuando las cosas pasaban de cierto límite. Después de dos ó tres días de esta preparación, se decidieron á obedecer los honorables animales y ha sido posible así llegar al campamento de Curamalal después de dos días de laboriosísima marcha.

Los artilleros se han iniciado con una verdadera campaña contra los encargados de mover las piezas; no se puede prescindir de ellos y ha sido absolutamente necesario pasar por sobre sus caprichos hasta vencerlos con los convincentes argumentos que encierran el látigo y la espuela. Ahora falta saber cómo se entenderá el regimiento para tomar parte en las maniobras, teniendo que contar con tales auxiliares.

CURAMALAL

DE FIGUÉ AL CAMPAMENTO—EL VIAJE—AL PIE DE LAS SIERRAS

—CAMPO DE MANIOBRAS

Desde Pigüé hasta el campamento de Curamalal hay dos caminos habitualmente solitarios que en los primeros quince días de la movilización han visto pasar, con la sorpresa consiguiente, un sin número de vehículos de todas clases y tamaños, grandes cargamentos de viveres y leña, muchos rebaños de ganado y sobre todo una falange bulliciosa de siete mil soldados que con el redoble de sus tambores y el toque de sus clarines han interrumpido durante su marcha el tranquilo silencio de aquellos lugares.

El camino de Pringles que pasa á corta distancia del campamento, tiene siete leguas y media y aunque es mucho más largo, se le prefiere para los vehículos porque no presenta ninguno de los obstáculos y sinuosidades en que abunda el de la sierra. Busca el llano dando una vuelta muy larga, y salvo las naturales ondulaciones del terreno que allí no pueden evitarse en

la extensión de algunas leguas á la redonda, es de una traza bastante pareja para que no molesten las pendientes que continuamente se suceden. El de la sierra, en cambio, está interrumpido por frecuentes arroyos y zanjas que hacen muy difícil el paso de los carruajes y casi imposible el de los carros. Por esta causa los carros de equipos y el regimiento de artillería tuvieron que tomar rumbo á Pringles para ir hasta Curamalal mientras que la infantería ha hecho el viaje por el camino de la sierra.

En Pigüé no hay más de seis ó siete coches, cargados todos de servicios, con los laureles de una campaña honorabilísima, librada no sólo en las calles del pueblo, sino también en las de otros centros de población donde han pasado los años de su infancia y de su primera juventud. Cada uno de estos coches, que conservan todavía algunos rastros de su forma primitiva, es un testigo de todos los acontecimientos que se han desarrollado en nuestro país desde hace más de cincuenta años y si le fuera dado contar sus impresiones, podría formar un relato interesantísimo que llenaría seguramente algunos volúmenes. Cuando salieron de la fábrica prestaron sus servicios en una casa particular, conducidos por un cochero de librea y tirados por animales de raza; luego se confundieron entre sus compañeros de una plaza, ofreciéndose por hora al primer venido; de allí pasaron á pertenecer al médico de un pueblo importante, descendieron de nuevo á la categoría de alquilo-



Los regimientos 11 y 10 en Curamalal

nes, y cuando ya no pudieron sostener su rango, bajaron el último escalón cayendo á Pigiúé, como hubiera podido caer á otro pueblo cualquiera para terminar su odisea con los esfuerzos postreros de su ya debilitado organismo. En estos coches quejumbrosos, que lanzan continuos gemidos por todas sus articulaciones, se hace el viaje hasta Curamalal, en un tiempo que varía, según la edad de los caballos, entre dos y tres horas.

Los campos que se aperciben á ambos costados del camino están en su mayor parte cubiertos por una abundante vegetación, con un tapiz de esmeralda que sorprende en la proximidad de las sierras. En los trechos baldíos se ve la tierra preparada para la siembra, marcada con los surcos del arado. Según pude saber por personas de la localidad, los campos son allí muy fértiles y se prestan igualmente para toda clase de cultivos. Se aperciben también pastando en las praderas gran número de animales finos, carneros Lincoln y toros Durham con la distinción que es peculiar á sus razas.

- Poca circulación hay en los caminos fuera de los carros ó coches que se dirigen al campamento. De rato en rato pasan únicamente carros pequeños de las colonias, conduciendo familias campesinas, la mayor parte mujeres francesas, sentadas en el interior siguiendo los movimientos del rodado y muy fáciles de distinguir por los indispensables sombreros, llenos de moños y cintas triunfalmente atados sobre la nuca.

A medida que se avanza las sierras parecen alejarse guardando siempre la distancia. El error de perspectiva las mantiene próximas, á diez ó quince cuadras, lo mismo que desde el pueblo, y durante todo el trayecto se experimenta la misma ilusión, creyendo á cada instante que en algunos minutos debe llegarse hasta el pie del primer grupo. Sólo cuando se llega al límite del campamento parecen aproximarse rápidamente y comienzan á descubrir los detalles de su formación, confundidos antes en un conjunto borroso semejante al que presentarían grandes montones de tierra vistos á la distancia. Se nota la piedra con su tono gris opaco, grietada en todas direcciones por las corrientes de agua y formando grandes cauces en la parte inferior de la sierra. En algunos sitios se destacan como manchas verdes los pequeños ramos de follaje que han surgido de la tierra contenida por las concavidades de la piedra.

En las faldas de estas sierras han hecho ya algunas maniobras los regimientos. El primer día subieron hasta un tercio de la altura y con esa marcha que á primera vista parece juguete de niños, quedaron los soldados tan cansados y rendidos como después de recorrer las cinco leguas que median entre Pigüé y el campamento. Ya tienen los guardias nacionales y hasta los soldados de línea una buena escuela para aprender lo que son fatigas y para iniciarse en las durezas de montañas y cordilleras.

El campamento presenta un animado aspecto. Junto

al alambrado que lo limita se han establecido varias casillas para la venta de diversos artículos y un gran galpón restaurant y almacén, donde almuerzan las personas que pasan para Curamalal.

En la entrada por el camino de Pringles hay gran número de estos negocios, casillas pequeñas en su mayor parte tiradas por una ó dos yuntas de bueyes.

Como el campamento es tan extenso, estas Jaujas en miniatura quedan á una distancia respetable del sitio en que se hallan los regimientos y los soldados tendrán que hacer sus provisiones por mayor si quieren disfrutar las ventajas que les ofrecen.

El galpón de que antes he hablado es rey y señor entre todos los demás negocios. Está construido en zinc, ocupado por larguísimas filas de mesas y bancos y en el mostrador se ven artículos tan raros en aquellos sitios como pollos fiambres y majestuosos jamones. Se come allí con esplendidez inusitada, y si los soldados pueden con frecuencia hacer el viaje desde el campamento hasta esta tentadora mansión, podrán desquitarse ampliamente de la monotonía á que los tiene condenados la ración siempre igual de asado y de puchero.

En el límite del campamento se ha establecido también el depósito de la intendencia de suministros, un aserradero á vapor donde se cortan grandes ramas de leña y un corral donde acampan las vacas y novillos encargados de velar por el estómago de los movilizados.

A lo lejos se ven los regimientos como líneas de pun-

tos apareciendo entre las ondulaciones del terreno. Sólo se distingue la mancha blanca de las carpas y en el fondo algunas sombras que parecen moverse siguiendo el son del clarín. Sirve de marco al cuadro la línea de las sierras extendida alrededor en todas direcciones, cortando el cielo con la línea irregular de sus cumbres é iluminada por los rayos del sol, tan fuertes como se sienten pocas veces en Buenos Aires.

A este respecto sucede en Curamalal algo curioso, que seguramente llamaria la atención de los profetas del Pergamino, si estos caballeros se decidieran á hacer un viaje por aquellos parajes. No hay allí términos medios. O sopla de las sierras un viento helado que no cesa ni un momento ó domina el sol caldeando la atmósfera con sus rayos. Temperatura templada, dias de primavera como hay en todas partes, no se conocen allí: cuando no hace mucho frio hace mucho calor y sucede con frecuencia que después de un día de fuego, la temperatura cambia bruscamente, cayendo durante la noche una helada que hace bajar el termómetro hasta abajo del cero.

Las personas del pueblo afirman que estas veleidades meteorológicas no cesan nunca por allí y los guardias nacionales se han preparado en consecuencia buscando los sitios del arroyo más apropiados para bañarse y aprendiendo de los de línea la forma más práctica para sacar todo el partido posible á la manta y el capote que forman parte de su equipo.

CURAMALAL

LA VIDA DE CAMPAMENTO—COMPAÑERISMO Y BUEN HUMOR

En el campamento tiene cada cual las comodidades que ha podido procurarse fuera de las no muy grandes que ofrecen las prendas del equipo militar. Los guardias nacionales que usan durante la movilización el uniforme del ejército permanente con todos sus atributos é insignias, están también sujetos á las privaciones de los soldados de línea y se hallan exactamente en las mismas condiciones que ellos; tienen las mismas carpas, iguales capotes, idénticas mantas, y para que todo sea completo el viento de la sierra que suele soplar por allí con excesivo rigor abarca igualmente los sitios donde se hallan acampados regimientos de línea y regimientos de guardias nacionales.

En cada carpa duermen tres soldados bajo la dirección de la autoridad nocturna, un cabo de carpa que no tiene prerogativas sino debajo de la lona y entre los toques de silencio y de diana. Dentro de la carpa el cabo tiene jurisdicción para todos los conflictos que se suscitan y los dirime siguiendo sus propias inspiraciones, sin sujetarse á código ni ley alguna y en una forma absolutamente inapelable; en aquel medio de obe-

diencia pasiva en que se educa el soldado, la diferencia de jerarquías adquiere un carácter sagrado y de este modo el cabo de carpa, que es tan soldado y tan subalterno como cualquiera de sus compañeros, se convierte durante el desempeño de sus funciones en un verdadero general, con la única diferencia de que en vez de tener bajo su mando divisiones ó regimientos ve reducido el número de sus subordinados á los dos compañeros que disfrutan con él las estrecheces de la lona militar.

El aspecto que ofrece el campamento en las horas de descanso no puede ser más animado. Alrededor de los fogones, en grandes grupos donde la conversación y el buen humor no decaen, los soldados por un lado y los oficiales por otro, hacen grandes honores á los jarros de mate que circulan de mano en mano y al mismo tiempo todo el mundo ejercita sus dientes contra las galletas del rancho, que se reparten en bastante cantidad para que no falten en ningún momento. El campamento parece unido por un vínculo de cordial familiaridad como si todos fueran amigos viejos. Se habla de grupo á grupo, se lanzan bromas y pullas, y á cada instante algunas carcajadas dan la idea del espíritu que reina en la tropa.

Privados los nuevos milicos de todas las cosas á que han estado siempre habituados, cualquiera provisión fuera de programa que se descubra en poder de un vecino, reviste la importancia de un acontecimiento. En



CORONEL VICTORIANO RODRIGUEZ
Jefe de estado mayor de la división Buenos Aires

una de mis visitas á Curamalal hallábame en un grupo de oficiales, buscando refugio en la proximidad del fogón contra las ráfagas de viento que nos fustigaban, cuando llegó un teniente todo azorado, estallando de risa contenida y con signos inequívocos de traer asombrosas confidencias. Había pillado una caja íntegra de cigarros, de verdaderos cigarros habanos en la carpa de otro oficial y venia á participar á sus compañeros la noticia. ¡Cigarros habanos en Curamalal, donde se fuman los patrios de la ración! El efecto fué sensacional; inmediatamente se organizó una campaña en toda forma y un momento después, previo consentimiento del propietario, catorce Hoyos de Monterrey, de legitimidad más ó menos dudosa pero con todos los requisitos necesarios para pasar por auténticos perfumaban el aire, en boca de otros tantos oficiales.

Como en los bellos tiempos que inspiraban la oratoria del ingenioso hidalgo, allá no hay tuyo ni mío, porque el espíritu de compañerismo hace que todo sea común y que cada uno se complazca en compartir con sus compañeros las golosinas con que le regala de Buenos Aires el amor de la familia. Y llegan allí de cuando en cuando ciertos tarros de dulce, y colecciones de empanadas y atados de fiambres como para conmover al menos tragón de los milicos, después de la forzada frugalidad á que obliga la ración cotidiana. Son banquetes memorables los que se organizan entonces, en torno á los fogones, sin otro mantel que el pasto del sue-

lo y sin más platos que la escudilla de lata correspondiente á cada soldado, pero con auxiliares tan poderosos como son el voraz apetito y el inagotable buen humor de los comensales.

Cuando no se hace ejercicio todos descansan, cómodamente reclinados sobre el césped ó convirtiendo en sillones los catres de campaña. Salen entonces las guitarras y se cantan aires criollos, canciones tristes, llenas de suspiros, como todas las del repertorio con gran abundancia de pérfidas, traidoras, crueles, implacables, duras, infames, perjuras y otros calificativos semejantes, que forman curioso contraste con la alegría y animación de los oyentes; donde no hay guitarras se cuentan anécdotas chistosas, se recuerdan aventuras y se pasan agradablemente los momentos en amena tertulia.

Una de las prendas más recomendables en el carácter de la juventud argentina, en ese carácter des preocupado y generalmente frívolo, que nos recuerda á cada instante el origen andaluz de nuestro pueblo, es la facilidad con que sabe amoldarse á todas las situaciones; allí donde lo impulsan las circunstancias, allí va sin perder su espíritu chacotón y jovial, tomando las cosas por el lado risueño y mirándolo todo á través del rosado cristal que le proporciona su inagotable humorismo.

Y así, vemos ahora en el campamento donde el régimen militar impera con todo su rigor, que nadie echa de menos sus comodidades, ni levanta una queja contra las privaciones consiguientes á la vida de campaña, pudien-

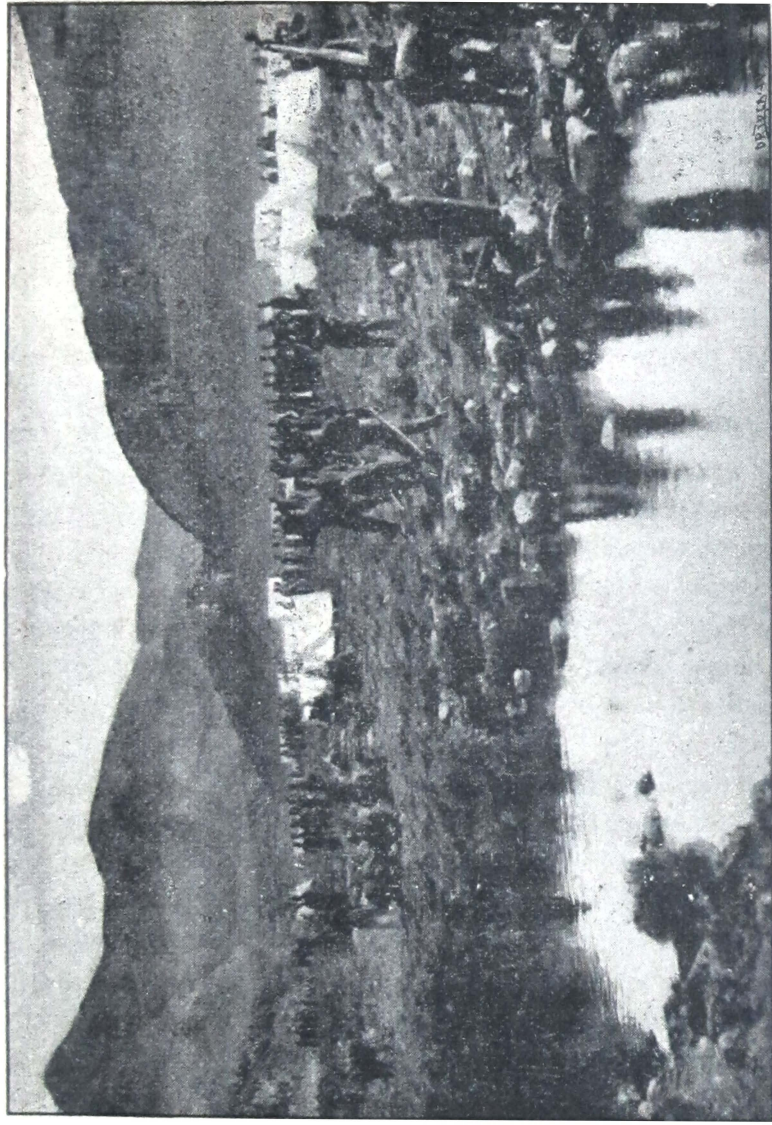
do observarse, por el contrario, la satisfacción con que todos concurren á hacerla llevadera y agradable.

Mesas y sillas, inútil es decir que no hay una sola en todo Curamalal, fuera de las que tienen los jefes en sus carpas.

Cuando se quiere escribir una carta, es necesario apelar al auxilio de los compañeros precavidos que han sabido proveerse con útiles de escritorio antes de emprender la marcha. Los cajones de equipo ó los pequeños catres de campaña sirven de mesa, y el suelo de butaca; luego entre el teniente tal que tiene papel, el subteniente cual que tiene lapiz y el capitán tal otro, que ha llevado estampillas, pueden reunirse los elementos necesarios y escribir una carta destinada á esperar pacientemente que alguna persona del pueblo se encargue de llevarla al correo de Pigüé.

Cuando se da franco salen los soldados á hacer sus exploraciones por los alrededores. Se habla mucho de los pumas que hay en la sierra y aunque muchos han intentado organizar una partida de caza contra tan molestos huéspedes, todavía no se ha puesto en práctica el pensamiento.

Por ahora lo único que se caza, son perdices y martinetas que se ven por allí en bastante abundancia. Con una caña y la paciencia de un dibujante á pluma puede conseguirse un plato delicado de carne blanca para la comida de la noche. El cazador descubre una perdiz agazapada en la yerba, y sin acercarse directamente



Escenas de campamento

comienza á dar vueltas alrededor, estrechando el círculo hasta que el animal queda mareado y puede aplicársele el golpe de caña final. Según la resistencia de la perdiz para estos lances, es el número de vueltas. A veces se prolonga la caza giratoria indefinidamente y suele suceder que cuando el cazador levanta la caña para poner epílogo á la historia, vuela la perdiz y queda la aventura sin desenlace hasta mejor oportunidad.

Por su parte, los soldados de línea menos inocentes en sus pasatiempos, se apartan hácia algún sitio donde no llegue la mirada de los oficiales, y allí en buena compañía, con un cobre ó con una taba se juegan honestamente todo lo que les ha quedado de su último sueldo.

El campo de maniobras está atravesado por un pequeño arroyo, que facilita al mismo tiempo agua para las caramañolas y baño para los soldados. No recuerdo haber visto una corriente tan cristalina y tan pura como la de este riacho, que si mal no recuerdo, lleva el fantástico nombre de Sauce Corto. Es poco profundo en toda extensión, pero en algunos sitios donde llega el agua á dos o tres varas, pueden contarse una por una las piedrecitas del fondo, como á través de un cristal.

En los días de calor se llena de bañistas y no faltan nadadores que hagan proezas, sobre la media vara de agua á que llega la profundidad del Corto Sauce. Es un espectáculo pintoresco y singularmente ani-

mado el que ofrece la línea de bañistas agitando sus puntos blancos y perdiéndose á lo lejos, cerca de las sierras, confundidos con las sombras del terreno.

Para la higiene de la tropa este arroyo completará la rigurosa medida que hizo caer las cabelleras de los nuevos soldados, y mucho más si todos los oficiales proceden como un teniente de mi relación, cuyo flamante asistente debió darse un baño completo y prolijo antes de entrar en sus funciones, sin tener en cuenta la temperatura de diez grados que marcaba el termómetro y la circunstancia de que no había incurrido en tal exceso, según confesión propia, durante más de tres años.

En todo el campamento se nota el mejor espíritu y la mejor buena voluntad para aprovechar la instrucción; y para el que ha tenido ocasión de apreciar el entusiasmo de los movilizados no puede quedar duda de que esta primera movilización tendrá positivo provecho y de que los que han tomado parte en ella quedarán con una sólida y extensa preparación militar.

Un aplauso para ellos y una felicitación para los que han llevado á cabo esta obra, cuyo resultado puede justamente enorgullecer á los hijos de la patria argentina.
